

## ¿HACIA UNA MUTACIÓN DE LA DEMOCRACIA?

**Rocío Annunziata (compiladora), Prometeo, Buenos Aires, 2015, 206 páginas.**

Desde tiempos inmemorables los analistas de la política hemos intentado responder a la pregunta sobre el cambio al que están sujetas las asociaciones políticas a lo largo de la historia, e innumerables han sido las respuestas acerca de los alcances de estos cambios y la medida en que la estabilidad política debe evaluarse. Es en esta larga trayectoria de pensamiento que se sitúa *¿Hacia una mutación de la democracia?*, compilación fruto de un intercambio producido entre el reconocido politólogo francés Bernard Manin y varios colegas latinoamericanos a partir de su visita a la Argentina en 2013. Como se aclara en la misma presentación, el libro posee una “estructura dialogada” que lo diferencia del formato que poseen la mayoría de las compilaciones, ya que denota un esfuerzo reflexivo colectivo, dando lugar a una publicación en la que se entrecruzan múltiples perspectivas sobre el fenómeno de las transformaciones de las democracias contemporáneas.

Pueden rastrearse al menos tres dimensiones de cambio identificadas por los autores: el rol de los partidos políticos y los liderazgos, la emergencia de formas de participación no tradicionales en el espacio público y las transformaciones del rol del Estado.

Una de las primeras cuestiones que se abordan es la de en qué medida puede hablarse de una crisis de los parti-

dos. Manin sugiere considerar que los partidos llevan a cabo funciones *en y entre* las elecciones, y no se limitan a la presentación de candidatos. El *entre* es cada vez más importante, ya que, como es aludido a menudo, el voto no implica un “cheque en blanco”. Si existe una *crisis* es con respecto a la fidelidad de los votantes y la disminución de la capacidad asociativa, cuyas causas el autor sitúa por fuera del sistema político (en particular, la erosión de las formas de sociabilidad de la era industrial, el aumento del nivel educativo de la población y la expansión de los medios de comunicación masivos), trayendo como consecuencia la dificultad para prever resultados electorales. Por otra parte, Manin indica la *permanencia* del carácter partidario de las campañas: las “celebridades” aún poseen etiquetas, y en los parlamentos, los agrupamientos partidarios son relativamente estables, reduciendo los costos de transacción. Aún más, los partidos son esenciales como recursos organizativos y financieros. Hay voluntad por parte de los actores en continuar manteniendo estas estructuras, y este es un dato que no podemos perder de vista. Los partidos permanecen, pero también su rol *muta*: la creciente profesionalización de las campañas electorales implica que éstos tienden a volverse aglomerados de expertos en comunicación política, con el peligroso efecto de distanciarse cada vez más de la participación de los ciudadanos que no portan estas credenciales. *En* cada elección deben volver a movilizar a una ciudadanía con identificaciones fluctuantes (para lo cual en la actualidad las redes sociales son sus aliadas, por su capacidad de relevar

preferencias e intereses de una gran cantidad de usuarios), y entre los momentos electorales se exige responsividad y atención a preocupaciones cambiantes, a riesgo de que los gobernantes sufran un declive en sus índices de popularidad. Queda claro que la extensión de las transformaciones no es idéntica en todos los contextos nacionales y subnacionales, lo que indica la necesidad de fomentar los trabajos comparativos que puedan dar lugar a una tipología de nuevas formas partidarias.

Sin embargo, si para Manin las estructuras partidarias *permanecen*, sus comentaristas señalan que la *mutación* es más profunda, y que hoy en día la clave de la democracia electoral-representativa son los liderazgos de popularidad, en torno a los cuales se forman redes inestables. Si en el actual contexto argentino cabe preguntarnos en qué medida los partidos *permanecen* y *mutan*, a su vez, también se nos impone cuestionarnos la categoría misma de liderazgo y en qué se diferencian con aquellos líderes de antaño que supieron revolucionar la política en el siglo pasado (sean los “populismos clásicos” o los “neopopulismos”). Una de las diferencias señaladas por los autores es en cuanto a la valoración del estado y la institucionalidad democrática.

Otro de los interrogantes que atraviesa a los textos es el de la relación entre representación y deliberación. Hoy en día es cuestionada la distancia representativa en tanto que admite en unos pocos —los miembros del parlamento— el ejercicio de la deliberación. Por ende, es menester preguntarse por la posibilidad y formas de la deliberación en el “gran público”. Tanto Manin

como sus comentaristas concuerdan en la necesidad de ampliar el concepto de deliberación hacia modelos no estrictamente epistémicos, tales como el “debate contradictorio” (la exposición de argumentos a favor y en contra) y la expresión de emociones y deseos afectivos. Por otra parte, la aparición de Internet ha multiplicado las posibilidades de comunicación de la ciudadanía, y si por un lado los diagnósticos más positivos hablan de una “verdadera asamblea virtual” capaz de interpelar directamente a los líderes, emergen nuevos peligros vinculados a nuevas formas de censura no necesariamente estatales.

La relación entre representación y participación es otra de las preguntas abordadas. Cuál es el concepto que mejor explica este vínculo es objeto de debate. ¿Se contraponen? ¿Se complementan una a otra? ¿Se solapan? ¿Se conjugan? Para Manin, el aumento de la participación se da en el interior del marco institucional de las democracias representativas, y no va en su detrimento: la transformación está en que las nuevas formas de participación tienen el potencial de hacer renacer a la democracia representativa, ya que —al menos como imperativo— las democracias deben mostrarse capaces de hacer lugar a la voz de la ciudadanía más allá del momento electoral. Para algunos de sus comentaristas, las nuevas expresiones ciudadanas más bien tienden a contraponerse ya que son por esencia reactivas, con demandas no negociables, e incluso inauguran otras representaciones. Y aunque la participación no-electoral sea constitutiva de nuestras democracias, queda claro que

las elecciones siguen siendo primordiales para pensar la legitimidad democrática. La voluntad mayoritaria que da origen a los gobiernos importa, tal como lo demuestran los recientes sucesos en Brasil.

Finalmente los autores abordan las mutaciones del rol del Estado en las últimas décadas, y si bien algunos concuerdan en el vigor que ha recobrado a partir del mentado “giro progresista” en cuanto a su rol en la economía y en la ejecución de acciones redistributivas, este diagnóstico merece ser matizado a la luz de transformaciones de más amplio alcance en una era globalizada, que nos señalan el debilitamiento de la soberanía estatal y la identidad nacional. En todo caso, los Estados se enfrentan actualmente a desafíos más complejos: la construcción de una estatalidad democrática mejorando los mecanismos de control y rendición de cuentas, la redistribución de la riqueza —en el continente más desigual del planeta— y la imposibilidad de sostener un discurso universalista ante el surgimiento de problemáticas e identidades diversas, concibiendo una “igualdad en

la diferencia”. De forma lúcida, se señala que la refundación de las relaciones entre Estado y sociedad lejos está de encaminarse únicamente hacia el “progresismo” y que el modelo tecnocrático de la “nueva derecha” merece especial atención, ya que busca renovar al Estado a partir de la hegemonía de un conocimiento técnico experto que se presenta como distanciado de la política. ¿Asistimos hoy al fin del “giro progresista” en la región? ¿Cuál es el balance de estas experiencias?

*¿Hacia una mutación de la democracia?* es un interrogante sujeto a debate que la publicación no pretende sino abrir. Abarcando variadas temáticas, invita a reflexionar sobre las múltiples dimensiones en transformación, propias de las democracias contemporáneas, colocando particular atención a las maneras en que esta forma de sociedad es efectivamente practicada. Asimismo, es un excelente recurso para aquellos que quieran acercarse a la obra de Bernard Manin o busquen una reactualización de su clásico *Los principios del gobierno representativo*, esta vez poniendo el foco en la política latinoamericana.

Emilia Arpini